

LIBRO XVIII.

Tienen consejo las furias infernales en los abismos.—El espíritu del *error*, acompañado con las pasiones del *amor*, *gloria* é *interés* prometen á su príncipe que en tres dias han de acabar con Miseno ó separarlo del Conde.—El espíritu del *engaño* cierra los vientos, y hace venir cardumes de tortugas al rededor de la nave, núm. 3.—Desciende al esquite Neucasis con la mayor parte de la tripulacion á pescar tortugas.—Quedan en la nao Miseno y el Embajador.—Discurren sobre las revoluciones de Palestina.—Se le convida á Miseno con el cargo de consejero de la Reina de Jerusalem, núm. 4.—Desecha Miseno la propuesta, describiendo el aire contagioso que reina al rededor del trono.—El Embajador insta fuertemente, y Miseno persiste en excusarse, núm. 10.—Viene la noche, se levanta el viento, se aparta la nave del esquite.—Engaña á los del esquite el espíritu del *error*.—Viene el dia, y ya no se avistan la nao y el esquite.—Los marineros van á dar á la vista de Nicea.—En el esquite todos se desesperan, y una llora.—El hambre les hace comer tortugas crudas.—Ven un navío que los juzga apestados, y huye de ellos.—Afligidos les muestran las tortugas y vienen á bordo.—El capitan turco los acoge y lleva á Esmirna.—Sienten la pérdida de sus compañeros.—El Conde conquista á Elena.—El *amor*, la *gloria* y el *interés* le hieren el corazon.—Aspira á casarse con Elena y ser señor de Cesarea, si há muerto el Embajador, cuando no pueda conseguir de Elena que lo haga pasar por el esposo que venia de Francia para la Reina de Jerusalem.—Miseno y el Embajador procuran saber de sus compañeros.—Habla Miseno sobre esto á la Emperatriz de Nicea.—La Emperatriz se alegra por lo que su abuelo Isaac Angelo le habia dicho de Miseno, y responde con reserva, pero con agrado.—Aymar se consuela con la tardanza é incertidumbre de la vida de su mujer.—Discurre Miseno contra la *precipitacion* y el *ardor*.—Aymar se persuade que su esposa es muerta, y Miseno lo disuade.—Discurre Miseno sobre la causa de adherirnos á nuestro primer juicio.—El dia siguiente tienen orden de presentarse á los Emperadores, mas observan señales de desconfianza.

1 Pesarasos estaban las furias infernales de lo mal que habian dispuesto su estratagemá, viendo que no habian podido separar á Miseno del Conde, y muy descontenta la envidia por haber malogrado las simientes que habia sembrado por Neucasis en el corazon del Conde. Todas se lamentaban viendo que su filosofia verdadera cada dia triunfaba mas y mas de los vicios, y la *recta razon* de las pasiones; de forma, que advertian que el imperio de la *virtud* cada vez se iba estableciendo con mayor fundamento. Quejábanse de que no solo el Conde y su hermana Sofia, sino tambien el Embaja-

dor y Elena aplaudian á Miseno, y que muy pronto aprobarian sus máximas Neucasis y toda la tripulacion del navío. De este modo estaban divisando ya como á lo léjos la gran ruina que estos principios amenazaban á su imperio. Hecho cargo de esto el príncipe de las tinieblas, concibió una cólera tan furiosa y desesperada, que no era señor de sus movimientos; y dando tres aullidos formidables amenazaba toda aquella infernal region. Estaba muy irritado por lo mal que las furias habian desempeñado su comision; y despues de haberlas echado en cara con ira y furor su ignorancia y su flaqueza, se levanta desesperado del trono, y quiere salir en persona á poner mano á la empresa, cosa rarísimas veces vista en aquellos infernales calabozos. Conmuévense con la novedad todas las cavernas subterráneas: estremécense los peñascos, y se hiela el *Cocito* *, medroso y aterrado con el nunca visto horror de su soberano enfurecido. Todos los dragones infernales se presentan temblando, y en un momento aparece allí la multitud de las furias, que dispersas vagueaban sobre la faz de la tierra, y en aquellas las que agitaban los mares y producian las tempestades. Toda la tierra queda en calma; y los infernales calabozos se ven llenos de mónstruos, que sin saber su destino están prontos á arruinar, si posible fuera, al mundo entero, solo por apaciguar la cólera de *Belcebú* *. Llegó en esto el espíritu del *error* acompañado de las tres poderosas furias, que eran las que estaban mas ofendidas de la lengua de Miseno, esto es, las que inspiran á los mortales el *amor profano*, la *ambicion de gloria* y el *interés*; y lleno de audacia se presenta delante de su príncipe, y le dice:

2 Repetidas veces, señor, intenté la conquista que se fió á mi desempeño, y no pude salir bien de ella, porque no eran mis fuerzas suficientes para luchar contra las de la Sabiduría suprema que protege á ese terrible hombre. Mas ya que á mí y á estas tres compañeras acaba de hacernos tan viles ultrajes, nosotros mismos debemos intentar de nuevo la empresa, y hacer por vuestro respeto y por nuestro honor los últimos esfuerzos en orden á perder del todo á esos hombres, ó á lo menos á separarlos eternamente. Si nuestrás fuerzas no bastaren, entonces empañaréis vuestra persona; pero es cosa indigna que un enemigo tan flaco obligue á salir de su corte infernal á su propio soberano: yo me ofrezco á ser víctima de todo vuestro furor, si volviese á estas mazmorras sin dejarlos perdidos ó separados. Solo os pido para la empresa tres dias de tiempo y el socorro de estas tres compañeras con todas las que les son subalternas. Esta arenga sosegó el furor del príncipe del *Tártaro* *, el cual conoció bien ser

indigno de su persona un combate tan pequeño; y mandó que sin tardanza ejecutasen lo que prometieron.

3 Al punto parte el amor á templar sus saetas en el mortífero veneno de Cupido: el interés prepara reinos y riquezas imaginarias; la ambición planes bellísimos de admirables conquistas; y esto para deslumbrar el corazón é ideas del Conde, de Miseno, de Elena, y de todos cuantos pudiesen contribuir á lo heroico de la empresa. A este tiempo los navegantes habian pasado ya el estrecho de Constantinopla, y el espíritu del error se vale de todos los medios que su astucia le inspira, y estaba todo el mar, que llaman de *Mármora*¹, tan quieto y sosegado, que parecía un espejo cristalino. Avistaban, aunque á lo lejos, las montañas de *Calcedonia*, y tambien las de *Nicomedia*; mas como los vientos habian dejado los mares en perfecta calma, nada adelantaban. El mismo espíritu del engaño, que para sus designios habia encerrado por un breve tiempo los vientos en los abismos, hace venir del Mediterráneo cardumes de hermosas tortugas, que, nadando al rededor de la nave, ayudaban á los pasajeros á una pesquería gustosa. La grandeza de las tortugas era extraordinaria, y su multitud infinita. Hé aquí que Neucasis, herido del deseo del interés, propone bajar al esquife con la mayor parte de la tripulación para aprovechar aquel lance que le ofrecia grandísima ganancia. La nave estaba inmóvil, como si fuera un edificio marítimo fabricado sobre los mas firmes peñascos. No habia en el cielo una nube de donde se esperase la mas leve brisa; hervia el capitán en codicia, y arrojando el esquife al mar, se bajó á pescar desde él, y convidó á la pesquería á la Embajatriz y al Conde, que no dudaron condescender, movidos de la novedad.

4 El Embajador y Miseno con muy pequeña parte de los marineros se quedaron en el navío; y desde las ventanas de la cámara asistian á la pesca, que era divertida: mas satisfechos y fastidiados á fuerza de ver siempre una misma cosa en reiterados lances, se retiraron á discurrir y conversar sobre las conmociones de la Palestina, y cualidades de los nuevos reyes que habian de perderla ó conquistarla. Temo, decia el Embajador, la poca experiencia del Conde de Brienna, y la ligereza de una reina² lisonjeada con la gran mul-

¹ *Mármora*, gran golfo en la costa de la Turquía europea, y de la *Natolia* ó Asia Menor: se llamó *Propóntide*: hace comunicable el Archipiélago con el mar Negro por dos canales: 1.º el del estrecho de los *Dardanelos* ó *Helesponto*; 2.º el de *Constantinopla* ó *Bósforo de Tracia*.

² Sin embargo que la Palestina la poseian los árabes desde el año 1187 que

titud de pretendientes y con la vanidad de su rara belleza; y mas que todo temo las intrigas de los príncipes latinos. El Conde de Moravia va á militar de parte y á nombre de su cuñado el Rey de Hungría, y no dudo que su valor le hará distinguirse, y el deseo de gloria le ocupará enteramente. Pero vos, que ideais acompañarlo sin ánimo de ensangrentar la espada, podríais militar con mucho mas honor vuestro y mayor utilidad de esos Estados, si quisiéreis aceptar un empleo, con el que felizmente os convida la ocasion. Tengo incumbencia de la Reina para buscar por toda la Europa un sujeto de madurez y política, que pueda estar á su lado en cualidad de padre y supremo consejero. Ella no quiere dar ciegamente el gobierno absoluto de sus Estados á un esposo que no conoce; solamente quiere compañero, y no señor de la corona que pusieron sobre su cabeza los inopinados sucesos de la Providencia.

5 En todos los príncipes que hoy militan ó tienen Estados en Palestina, hay circunstancias que los apartan de este importante lugar; porque siempre los intereses propios de los consejeros cegaron para no ver los de la corona, y la desconfianza de la Reina le hace temer por esa causa como engaño el consejo mas conveniente. Yo no quiero elegir este consejero de la *Francia*, porque el espíritu de la nacion haria que siempre siguiese el partido del Rey; y nosotros necesitamos un hombre, no solo de valor, inteligente y experimentado, sino imparcial, como vos lo sois¹. Vos teneis conocimiento de las cortes y de las intrigas que en ellas se encuentran: conoceis el corazón humano, la malicia de los cortesanos y su astucia; conoceis los secretos de la guerra y de los gabinetes, de suerte que Marte y Minerva os son igualmente familiares; y en fin, vos no buscáis la gloria sino el mérito; y por tanto sois el mas digno que yo puedo hallar para este ministerio. Ved, pues, si quereis dar este honrado descanso á vuestras fatigas, y á vuestros dias un término tan digno de vuestra persona.

6 La fortuna, segun lo que el Conde me ha dicho, os ha perse-

conquistó á Jerusalem *Saladino*. En el catálogo de los reyes cristianos de dicha ciudad pone el *Arte de averiguar las datas*, el 12 al Conde de Brienna, casado año 1209 con María, hija del Marqués de Monferrato y de la reina Isabel. (Véase *Prólogo*. núm. 9, nota 2; *P. Murillo, Geograf.*.)

¹ La reina de Jerusalem María, aconsejada de la Reina su abuela y curadores, le pidió con solemne embajada á D. Pedro II el Católico, rey XVIII de Aragon, quisiese casar con ella, ofreciéndole en dote su reino, para que con su gran valor, etc., lo recobrase, y restaurase la santa ciudad poseida de los infieles. (*P. Pedro Abarca, Anales de Aragon, parte I, año 1202*.)

guido siempre; mas ahora arrepentida de tantas injusticias, querrá rendir debido vasallaje á vuestro merecimiento. Si aceptais, alabaremos todos la providencia de darnos en vos la paz, la armonía y la seguridad de todos nuestros Estados, que mas se han perdido por la desunion y mala inteligencia de los príncipes latinos, que por las armas de los turcos y sarracenos ¹. En cuanto á mí os puedo prometer de parte de la Reina una docilidad suma, un deseo sincero del bien, y una constancia sin obstinacion en la ejecucion de vuestros consejos. Ved, pues, si os conviene la propuesta que os hago en todo secreto; porque entonces sin mas tardanza podré dirigirme á San Juan de Acre. Y caso que los tiempos me precisen parar en cualquier puerto, tomaré el camino por tierra para ir á prevenir á la Reina de la completa satisfaccion de sus deseos, para que cuando vos y el Conde de Moravia llegueis, seais recibidos con distincion, y todo se disponga prontamente para el arribo del nuevo Rey, que irá con mucha brevedad.

7 Oyó Miseno la no esperada propuesta, y respondió prontamente: Amigo, si he de consultar la ley de la *razon*, regla de todas las acciones justas, no puedo admitir el empleo á que con tan grande honor me convidais, porque hallaria en él mi mayor mal, cuando solo trabajo por conseguir la felicidad verdadera. Sé ya por la experiencia qué casta de vapores reinan al rededor de los tronos. Por una nueva y extravagante filosofia, quanto están mas altos, tanto son los aires que los rodean mas turbios, mas cargados, y los vapores mas espesos, de suerte que á proporcion de lo que se levanta la *atmósfera* * es tanto mas maligna. Apenas un hombre de sano juicio y de corazon recto entra en esa region contagiosa, cuando al instante una ligera nube comienza á difundirse por su entendimiento y lo ofusca, de suerte que ya no ve las cosas como las veia antes; pues aquello mismo que le parecia enorme y feísimo, pasadas algunas conversaciones, viene á perder mucho de su horror: pocos dias despues ya es indiferente, y con el tiempo llega á parecerle útil y en cierto modo laudable. La palabra *no* es la mas difícil de pronunciarse en palacio, hablando con los soberanos: no sé qué tiene que no cabe por la garganta, y cuando mucho se llega á pronunciar la mitad, mas tan mudamente que apenas se puede oír. Lo mas es que esta mudez y ceguedad no afligen al alma: ella bien siente una especie de letargo que la pone muy diferente de como antes se hallaba; mas co-

¹ Se perdieron por la division entre *Guido*, rey de Jerusalem, y el Conde de Tripoli.

mo este letargo es suavísimo como el de un sueño, con gusto os dejaréis conducir insensiblemente por donde os lleven, sin tener resolucion para resistir, ni curiosidad para examinar si es derecho y seguro el camino. Constituido en esta situacion, las armoniosas sirenas de las lisonjas os encantarán; y teniendo las potencias del alma entorpecidas, gustaréis de vuestra misma enfermedad, tanto que llegaréis á temer que se desvanezca el contagio que os priva de vuestros sentidos, que os hace perder el uso libre de la *razon*, y os quita la *libertad*. No quiero que me suceda á mí así, no, amigo mio, no. Ahora que estoy á la parte de afuera, soy como caminante que va por los montes, y ve á lo léjos los valles llenos de humo y de vapores, que ignoran y no ven los mismos que están sumergidos en ellos. Estimo los dones de Dios, y no quiero perder el uso de mi *razon*, ni mi *libertad*: y de uno y otro vendria á quedar privado por mi mala eleccion si aceptase el favor con que me lisonjeais.

8 Mucha *razon* teneis en todo quanto decís, respondió el Embajador; pero vuestra *razon* misma os condena. Conoceis los peligros que hay en los que asisten á los soberanos, ¿y queréis que entren en esos puestos aquellos que no los conocen? Si vuestra experiencia os hace ver el lazo, solo vos debéis pasar por ese camino, porque podréis evitarlo mejor que otro alguno. En la noche confusa y oscurísima de esta region, ¿queréis que la Reina se confie de quien no sabe los peligros del camino, cuando tiene en vos un hombre á quien el cielo se los hizo tan claramente patentes? Los peligros dejan de serlo á quien está prevenido; y pues que los conoceis con tanta claridad, podréis evadirlos con valor. Esa misma conducta de despreciar con ahinco lo que todos ó los mas desean con ansia, prueba con evidencia, que el cielo os concedió mas clara luz que al comun de los mortales para evitar los riesgos de las cortes y de los cortesanos; ¿será, pues, lícito, siguiendo la ley de la *razon*, negar esta luz á una princesa que sin experiencia, y puesta sobre el trono, se ve en los mayores precipicios expuesta á caer en ellos? ¿Á una princesa que os pide que la dirijais por el camino seguro para salir á salvo? ¿Y qué disculpa daréis en el país de la verdad cuando os echen en cara todos los daños, que ciertamente se han de seguir, si el Gobierno cayere en corazon apasionado, ojos ciegos y juicio pervertido? Reflexionad, Miseno, en el bien público que á todo hombre interesa, y no queráis hacer de él sacrificio á vuestro descanso particular.

9 Alabo, le dice Miseno, vuestro celo sincero, y cada vez os es-

timo mas, porque os conozco mejor; pero por la misma razon me confirmo en lo que os dije, pues quanto mas reflexiono, mas razones descubro para creer que recibir ese empleo seria en mí gran temeridad. No soy yo de especie diferente de todos los demás hombres; y si fuera del laberinto todos tienen luces, y todos son ciegos cuando están en medio de él, yo tambien será como los otros. ¿Acaso debo creer que Dios cuando me crió separó para mí una porcion de masa que no entrase en la corrupcion general del mundo? Yo de la parte de afuera discurriré muy bien, veré todos los peligros, detestará los errores, remediaré los desórdenes; pero metido en el centro del encanto, he de quedar alucinado precisamente como quedan los demás. Sabed, amigo, que el hombre no acostumbra ser el mismo cuando su fortuna es diferente, porque mudamos en cierto modo de naturaleza siempre que nuestra fortuna se muda.

10 El arroyo pequeño que humilde se acomoda con el estrecho cauce que le destinó la naturaleza, va siguiendo con mucha paz su camino; pero así que se engruesa con grandes lluvias, ya no es lo que era; entonces hecho un rio caudaloso, no contento con la estrecha márgen que ocupaba, impaciente y soberbio arranca los diques, inunda los campos, pierde las mieses, arrebatá el ganado, arruina los edificios, y con irreducible furia, ó se levanta orgulloso en espuma, ó se precipita desesperado. Aquí, pues, teneis la imágen del hombre, y un retrato de lo que yo soy viviendo en mi estado, y lo que naturalmente seria si aceptase ese empleo. Como la riqueza y la abundancia no me tientan, prefiero una mediocridad muy tenue á esa opulencia famosa; y así no quiero perder la paz, el sosiego y el bien que poseo en el seno de mi *razon* y de mi *libertad*.

11 Calculad bien, amigo mio; de todo lo que un hombre posee puesto en un lugar eminente y escabroso, si sacamos lo preciso para el sustento y vestido, que á la verdad es muy poco, lo restante, de cualquier modo que conteis, viene á ser para los otros; mas la incomodidad, la fatiga, los sustos, la falta de sueño, la murmuracion del público, el peligro del alma y de la honra, solo es para el infeliz que está en el pináculo expuesto á los tiros, á las tempestades y á las observaciones malignas. Sacamos, pues, en limpio que todas las incomodidades esencialmente anejas á ese lugar elevado al que me convidais son para mí, y solo para mí; pero casi todas las riquezas y utilidades para los demás. Declaro, pues, ahora que jamás entraré en un juego en donde sea para los otros toda la ganancia, y solo para mí toda la pérdida.

12 En este tiempo sintieron que se movia el navío, porque el viento empezaba á levantarse; y queriendo ver lo que hacian sus compañeros en el esquife, ya no pudieron alcanzarlos con la vista: la brisa, que poco á poco se iba percibiendo, hallando el navío con todas las velas sueltas, y adormecidos por la enfadosa calma los pocos marineros que en él habian quedado, ya le tenian puesto en movimiento, sin que lo conociesen los que en él estaban. Los del esquife, engolfados en el gusto de la pesca, seguian ya por una ya por otra parte el rumbo que llevaba el *cardume* de las tortugas, las que eran conducidas por el espíritu del *engaño* del modo que convenia para ponerlos muy distantes de la nave: cuando ya advirtieron que esta iba navegando, ni los clamores bastaban para que los oyesen á tan gran distancia, ni los remos podian alcanzarla por mas que los forzaban. Á los gritos del Embajador y de Miseno despertó el piloto; y no teniendo bastante gente para coger todas las velas y maniobrar como convenia, fue forzado que la nave siguiese por algun tiempo el viento, que se declaró furioso. Sobrevino la noche, envolviendo en su negro manto toda la tierra, y las nubes la hacian mas tenebrosa ocultándoles á los remeros y á Neucasis la vista de la nave, de las estrellas y de los horizontes por donde se podian gobernar.

13 Entonces fue cuando todas las furias de los abismos saltaron al esquife y al navío, pareciendo cada una de estas embarcaciones un vivo infierno. El Conde, Neucasis y la Embajatriz se daban por perdidos, viéndose de noche en medio del mar en una pequeña lancha, sin abrigo, sin sustento, sin agua, sin consejo, sin aguja ni gobierno. En el navío se veia el piloto sin gente, sin marineros, expuesto á un naufragio cierto. El Embajador se lamentaba de su mujer perdida. Los vientos soplaban, el mar se agitaba, el peligro crecia, y la desesperacion y la noche aumentaban todos los males. Neucasis desde el esquife vomitaba mil maldiciones contra el piloto, el Conde contra Miseno, y Elena contra su marido, culpándolos á todos de la crueldad con que les obligaban á perecer en medio de las ondas. No podian ellos atinar con la causa del suceso, y el Conde maldecía mil veces la filosofia de Miseno, cuya doctrina extravagante quizá era el único principio de semejante desorden.

14 Aunque de muy léjos estaba Miseno considerándolo todo, afligiéndose de tantos males, y percibia muy bien, no obstante el disimulo del Embajador, que este le acusaba mudamente de la conversacion con la cual de tal suerte lo habia tenido embelesado, que no habia podido percibir á tiempo que el navío se movia. El piloto que-

ria retroceder en busca del esquife; pero era el viento contrario. Los del esquife envueltos en medio de las sombras no sabian hácia dónde remar, y el espíritu del *engaño*, figurando un bulto falso que parecia la nave, les hacia remar hácia la parte contraria á la que convenia. Andaban á tientas en medio del mar. Ahora les parecia que veian á lo léjos una cosa que podia ser la nave: poco despues se desengañaban perdiéndola de vista de repente, y viendo á la parte opuesta una sombra que se le asemejaba mucho mas. El espíritu maligno se divertia burlándose de ellos, y en el ínterin la *cólera* y *desesperacion* reinaban. Neucasis, cuya codicia fue el motivo de todos estos trabajos, echaba la culpa al Conde, por cuyo obsequio habia tenido aquel pensamiento. El Conde repelia las injurias con excesos mucho mayores, esgrimiendo la espada en el esquife, como si fuese en campo de desafio. Elena cási muerta se arrojaba en medio de ellos para impedir la última ruina. En fin, fatigados de remar en vano, se echaron á descansar por consejo de Elena, para esperar la luz del dia, y ver si entonces descubrian el navío, que naturalmente iba girando para recogerlos. Mas cuando habian andado á fuerza de remo, todo habia sido para apartarse mas de la nave, la cual engañada igualmente del viento inconstante, cuanto mas queria buscarlos, tanto mas se desviaba de ellos.

15 Para consolar Miseno en este aprieto al Embajador y al piloto, echó mano de las máximas de su filosofía, y comenzó á persuadirles que si no murmuraban de la Providencia suprema, toda aquella tribulacion pararia en bondad; porque solo de los hombres, decia, puede venir el origen del mal, así como todo lo que de la Providencia nos viene, no puede dejar de ser algun bien. Mirad, amigos: un Ser infinito en bondad, en rectitud, en poder, en sabiduría, no puede de sí mismo producir cosa mala; por eso si dispone la tribulacion á los mortales, por fuerza ha de ser esta tribulacion para alguna cosa mejor que la tribulacion misma: de otra suerte su sabiduría eterna pecaria, ordenando un mal á un bien que no mereciese tan costoso medio. Dios quiere, añadia, que nuestros amigos tengan ánimo para sufrir por un poco de tiempo este trabajo, y que no desagraden á la mano superior que los aflige: Dios quiere que el Conde y Neucasis sepan moderar sus pasiones, y que no se vuelvan contra el cielo; por cuanto, amigos míos, nunca debemos temer tanto como cuando queremos llevar por mal al Todopoderoso, ó si cuando Dios nos castiga le ofendemos. Si un pequeño gusanillo de la tierra se rebela contra un gigante para morderle, cuando este no haga

mas que tocarle levemente, ¿en qué parará la pendencia, sino en verse bajo de sus piés muerto y aniquilado? Respetemos los consejos de Dios, y supliquémosle rendidos que nos conceda socorro en este apuro; porque si no lo concede á quien le adora, mucho menos lo dará á quien le insulta. Temo las pasiones del Conde.

16 El Embajador ahogaba en el corazon la idea del cási cierto naufragio de su esposa; y alentado con la exhortacion de Miseno, adorando los secretos de Dios, le pedia con humildad el remedio. Miseno totalmente olvidado del peligro propio, solo suspiraba por el socorro de los que estaban en el esquife á punto de perderse; mas tenia tal confianza en la divina Providencia, como si viera con sus ojos todo lo que Dios escondia en el impenetrable cáos de lo futuro.

17 Vino en fin el dia, y jamás les fue la hermosa aurora tan agradable. El mar estaba sereno, el dia claro, el cielo descubierto; pero cuanto mas se alegraban á medida de lo que la luz crecia, mas se entristecian no pudiendo descubrir al esquife por parte alguna. Llevando el viento hácia el navío desamparado, cuando los del esquife trabajando engañados una gran parte de la noche habian remado hácia Poniente; de tal modo los tenia ya separados, que ni los del esquife veian la nave, ni los de la nave al esquife. Descubrióse el sol, y quedó el piloto admirado viendo que ya habian entrado muy adelante en el golfo de *Nicea*, cosa que solo dirigida por el espíritu maligno parecia creible. Entonces vió que burlado por el viento inconstante, habia dejado muy atrás el esquife: queria maniobrar, pero no tenia gente: queria volver á salir del golfo, pero lo contradecia el viento; y cuanto mas el sol subia, mas se arreciaba. El mismo espíritu del *engaño*, que tenia encerrados los vientos oportunamente, y sueltos cuando le convenia, ahora los envia todos para que con furia desesperada persigan el navío, hasta el logro de su total naufragio. Estaba la nave cási sin marineros; y así trabajaban Miseno y el Embajador como si lo fuesen; mas era su trabajo inútil, sus acciones tardías, y sus movimientos lentos, cuando debian ser tan prontos, que apenas ocupasen un instante: lo que viendo el piloto, abandonó las velas al viento, y dejó correr la nave cuanto podia para dar en la costa y salvar la vida.

18 El Embajador ya en este tiempo habia perdido el ánimo, porque el espíritu del *error* disparándole una envenenada saeta le hirió de tal modo el entendimiento, que extendiéndose sus discursos mas allá de los términos que la *razon* y la *Religion* prescribian, se desesperaba. En vano trabajaba Miseno por sosegarle, porque decia

con desprecio y con ira: ¡Oh, y qué bien se ocupa Dios con cuatro viles insectos, que asidos á una paja andan virando acá sobre las aguas del mar! Porque ¿qué otra cosa somos nosotros, sino cuatro hormigas en comparacion de todo el globo de la tierra? ¿Y qué querría decir todo este globo, que para nosotros es inmenso, si le viéramos desde los interminables espacios por donde se pasean los astros? Ahora Dios, que todo lo encierra en el puño de su mano, ¿cuán superior es á todo lo criado, que desaparece como el humo y como la nada delante de su soberana presencia? ¿Quereis, pues, ocupar y agotar todo el entendimiento infinito de Dios acá con nosotros? ¿Con cuatro gusanillos que en su comparacion nos confundimos y equivocamos con la nada? ¿No sería ridículo querer persuadirnos que el Emperador de la *China*¹ estaba en su altísimo trono con aflicciones y sustos, porque dos hormigas estaban en el lago de *Nankin*² en peligro de ahogarse? Pues aun sería mas increíble que Dios se estorbare con el peligro en que nosotros estamos³. Á esto fué aumentando y añadiendo tales locuras y blasfemias, que en extremo las extrañaba Miseno, quien dando lugar á que se le sosegase la furia, luego que se puso capaz de entender la razon, le habló de esta manera:

19 No penseis, amigo, que Dios está obligado á hacer caso de nosotros, por lo que nosotros somos; pero debe hacerlo, por lo que él es en sí mismo. ¿Creeis acaso que su inteligencia no quiere aplicarse á bagatelas, por estar ocupada con mayores cuidados? Ahora decidme: ¿Rehusará el sol, ese inmenso planeta que es el alma de los cielos, rehusará con desprecio alumbrar una yerbecilla del campo, porque tiene que alumbrar á todos los celestiales globos? Pues aun es mas imposible que la inteligencia infinita deje de ver lo que pasa en el recóncavo del mas oculto peñasco. ¿Por ventura la multitud de negocios es impedimento á su entendimiento, ó le pueden ofuscar sus luces la continuacion, ó la fatiga, ó la confusion? ¿Quereis fingir un Dios con todas las flaquezas de hombre, y delinear so-

¹ *China*, imperio grande de Asia, que contiene 16 provincias, 1,518 ciudades, y se extiende á 750 leguas de largo y 560 de ancho. Los chinos parece ser unos deístas groseros.

² *Nankin* ó *Klangnam*, provincia marítima de la *China*, con 14 metrópolis, 110 ciudades: su capital del mismo nombre *Nankin*, es la mayor ciudad que se conoce en el mundo: cuenta 1.000,000 de almas, sin los 40,000 hombres de guarnicion: tiene una famosa torre de porcelana, gran maravilla. (*Mon. François*).

³ Este es el discurso que hacen en nuestros tiempos algunos impíos, que ni á Dios perdonan con sus locas filosofías.

bre nuestras imperfecciones y miserias la idea de un Ser infinitamente perfecto? Si él quiso ser autor de nuestra vida haciéndonos hijos suyos, ¿por qué monstruosa indiferencia nos abandonará al ludibrio de ese que quieren llamar acaso? ¿Tendrá gusto de vernos ir zozobrando entre los vaivenes de la fortuna? ¿Juzgais que para ese fin nos sacó del abismo de la nada, y solo para tener el pueril gusto de burlarse de lo que él mismo había hecho con tanto cuidado? ¡Ah! es imposible, Aymar, que vuestro juicio sosegado se tragne todos esos absurdos. Guardémoslos, pues, de irritar por nuestra desconfianza ó murmuracion su justicia, y descansenos sobre su paternal providencia, por cuanto lo que él hace, por algun motivo lo hace, motivo justo, decente, provechoso, y en fin motivo digno de Dios.

20 Á este tiempo los marineros empezaron á gritar que veian tierra, y era la costa de *Nicea*, que despues se vino á llamar *Isnick*¹. Era á propósito el viento, y el piloto enderezó la proa para llegar á aquella costa, lo que no tardó mucho, salvándose por este medio todos, aunque con algun trabajo. Entonces el Embajador dándose á conocer, sirvió de resguardo á Miseno y á los demás que iban en su compañía.

21 En este mismo tiempo andaban los del esquife virando sobre las aguas, inciertos, impacientes y afligidos. Ya no se guardaba orden, obediencia, respeto ni cortesía. Neucasis despechado contra los marineros los maltrataba con golpes y con injurias, cuando mas los necesitaba para salvar la vida, y los marineros como ofendidos no le guardaban la debida subordinacion. Quien le habla con insolencia, quien arrima el remo porque no quiere servir á un ingrato, quien rema con fuerza desesperada, y no siendo sostenido de la parte contraria, casi vuelca el esquife, y lo echa á pique. Las lágrimas de Elena, las injurias del Conde, la furia del capitán, y la grosería de los remadores hacian poner en duda si les sería menos dura una muerte pronta, que aquella trabajosa continuacion de vida. Era el esquife el juguete de las ondas y del engaño: de manera que á cada momento les parecia que veian el navío; mas despues de bien fatigados se desengañaban que todo había sido ilusion, hasta que Elena persuadió al Conde, que pues no hallaban socorro en las criaturas, lo buscasen en el Criador, y ambos hicieron voto de ir sin

¹ El mar *Mármora* tiene dos golfos grandes en la parte oriental, el primero va á *Nicea*.

Nicea fue en otros tiempos muy famosa en los Anales de la Iglesia, por los célebres concilios que en ella se tuvieron: hoy está muy arruinada.